

La conciencia desesperada, en *la enfermedad mortal*, de Kierkegaard

La disperazione è mancanza dell'eterno

QUÉ ES LA DESESPERACIÓN¹

Capítulo primero. El largo título de este capítulo es un resumen de toda la primera parte. “La desesperación es una enfermedad propia del espíritu, del yo, y por consiguiente puede revestir tres formas: la del desesperado que ignora poseer un yo [ignora que es espíritu], la del desesperado que no quiere ser sí mismo y la del desesperado que quiere ser sí mismo [sin Dios]” (47).

1. Este capítulo primero empieza abruptamente con una definición casi algebraica del espíritu. “El hombre es espíritu. Mas ¿qué es el espíritu? El espíritu es el yo. Pero ¿qué es el yo? El yo es una relación que se relaciona consigo misma” (47). K. explica a renglón seguido el sentido de la definición: 1. “El hombre es una síntesis de infinitud y finitud, de lo temporal y lo eterno, de libertad y necesidad”. 2. Ahora bien, “una síntesis es la relación entre dos términos”. 3. Pero el hombre, como relación entre el alma y el cuerpo, no es todavía un espíritu. El hombre es espíritu si la relación alma-cuerpo se relaciona consigo misma (47-48).²

2. La relación que es el hombre (una relación que se relaciona consigo misma) no se ha puesto a sí misma, sino que ha sido puesta por otro (por Dios). Es una relación *derivada*. “Una relación así derivada y puesta es el yo del hombre. Una relación que se relaciona consigo misma y que en tanto se relaciona consigo misma está relacionándose con otro” (48).

3. Si el hombre es una relación derivada y por tanto dependiente, “es imposible que el yo pueda alcanzar por sus propias fuerzas el equilibrio y el reposo, o permanecer en ellos, a no ser que, mientras se relaciona consigo misma, lo haga también respecto de aquello que ha puesto toda la relación” (48). Por tanto la *tarea* del hombre ha de ser la siguiente: “que al autorelacionarse y querer ser sí mismo, el yo se apoye de una manera lúcida en el Poder que lo ha creado” (49).

En resumen, el hombre ya es espíritu, pero ha de llegar a ser espíritu, es decir, ha de aceptar con una opción libre fundarse en Dios que es su fundamento. Si se niega a esta opción, el hombre estará desesperado. Vivirá la íntima contradicción de no ser lo

1. Parte I: La enfermedad mortal es la desesperación, Libro I: Que la desesperación es la enfermedad mortal. Trad. de D. G. RIVERO, Madrid, 1965.

2. Misma definición en *El concepto de la angustia*: “El hombre es una síntesis de alma y cuerpo constituida y sustentada por el espíritu” (inicio del capítulo tercero).

que es. Así lo expresa un texto del **capítulo segundo**: “¿De dónde viene la desesperación? De la relación en que la síntesis se relaciona consigo misma, mientras que a Dios, que hizo al hombre como tal relación, lo deja escapar de sus manos” (52).

Capítulo tercero. Sabemos qué es la desesperación. Sabemos cual es su origen. Finalmente el capítulo tercero declara que *la desesperación es la enfermedad mortal*.

Aparentemente las fórmulas de la desesperación son dos. La primera dice: “que uno desesperadamente no quiera ser sí mismo”. La segunda: “que uno desesperadamente quiera ser sí mismo” (59). Pero la segunda fórmula se reduce a la primera. En efecto, en la primera, es desesperado no quiere ser sí mismo, es decir, no quiere ser el yo que realmente es, un yo puesto por Dios. En la segunda, el desesperado quiere ser sí mismo, pero “el yo que desesperadamente quiere ser es un yo que él no es [...], es un yo de su propia invención” (59-60). Puede por tanto concluir K.: “La fórmula de toda desesperación [es] que uno desesperadamente no quiera ser sí mismo” (59).

Ahora bien, el hombre desesperado no puede deshacerse de sí mismo. “Aquel Poder que lo fundamenta es el más fuerte y le constriñe a ser el yo que él no quiere ser” (60). Su vida es una muerte, su enfermedad es mortal, pero la muerte no llega nunca. “Si ni hubiera nada eterno en nosotros, entonces nos sería imposible desesperarnos. Mas, por otra parte, si la desesperación fuese capaz de destruir nuestra alma, entonces tampoco existiría en modo alguno la desesperación” (60).

UNIVERSALIDAD DE LA DESESPERACIÓN³

No hay un solo hombre “que no sea un poco desesperado, que no sienta en el más profundo centro de su alma una cierta inquietud, un desasosiego, una desarmonía, una angustia de algo desconocido, o de algo con lo que no desea entablar conocimiento, una angustia ante una posibilidad de la existencia o una angustia por sí mismo” (63). Esta afirmación no es sombría ni descorazonadora, “porque considera a cada hombre a la luz de la categoría de la máxima exigencia que lo reclama, a saber: la de que es espíritu” (64).

Desde un punto de vista superficial la desesperación se da raras veces. “Lo que pasa es que la gente, siguiendo esta consideración vulgar, no tiene ni idea de la desesperación [...]. A este modo vulgar de ver la cosa se le escapa por completo el hecho de que una forma de desesperación sea precisamente la de no estar desesperado, la de estar ignorante de que uno es un desesperado” (64-65).

“Sin entender lo que el espíritu sea, no hay manera de entender tampoco la desesperación” (65). La desesperación no es una enfermedad del cuerpo (de la que se ocupa la medicina). Ni es una enfermedad del alma (de la que se ocupa la psicología). La desesperación es una enfermedad del espíritu. “La desesperación es un fenómeno del espíritu, algo que se relaciona con lo eterno” (67).

Sus síntomas son *dialécticos*. “Y así, no estar desesperado puede significar cabalmente que se está desesperado y también puede significar que se está curado de la desesperación sufrida. La tranquilidad y el sosiego pueden significar que se está desesperado, es más, esta misma tranquilidad y este sosiego pueden ser desesperación. Pero también pueden significar que se ha superado la desesperación y que se ha alcanzado la paz” (67). Tan dialéctica es la desesperación que “el no haber experimentado jamás esta sensación de malestar es cabalmente un síntoma inequívoco de desesperación” (67).

3. Libro II: La universalidad de esta enfermedad.

Recordemos una vez más que el hombre no es solamente una síntesis de alma y cuerpo, sino que además y sobre todo es espíritu. Ahora bien, “la desesperación consiste precisamente en que el hombre no tenga conciencia de estar constituido como espíritu”. A una muchacha, que se abre a la vida en la ilusión y en la alegría de la juventud la consideramos dichosa. “Pero la dicha no es ninguna categoría del espíritu, y por eso allá dentro, en lo más hondo y oculto del corazón de la dicha, habita también la angustia que es desesperación” (68).

“De todo esto se concluye que no está en lo cierto la consideración vulgar de la mayoría al suponer que la desesperación es un fenómeno raro, cuando en realidad sucede todo lo contrario, que es un fenómeno completamente universal” (69). Y es que “la mayoría de los hombres viven sin tener conciencia de estar constituidos como espíritu y que en consecuencia todas esas seguridades de que hablan y toda esa alegría satisfecha de vivir y demás cosas por el estilo no son en realidad sino desesperación” (70).

FORMAS DE LA DESESPERACIÓN⁴

El libro tercero estudia las formas de la desesperación. En dos capítulos. En el primero, estudia la desesperación considerada según los elementos que constituyen la síntesis (que es el yo). En el segundo, estudia la desesperación según la categoría de la conciencia. Expondré sólo este capítulo.

K. distingue dos casos posibles de la desesperación según la conciencia: la desesperación inconsciente y la desesperación consciente. Pero dado que esta última se subdivide en dos, tenemos en conjunto tres casos posibles de la desesperación según la conciencia. 1. La desesperación inconsciente del hombre que ignora que es espíritu. 2. La desesperación consciente del hombre que no quiere ser espíritu. 3. La desesperación consciente del hombre que quiere ser espíritu.

“El yo [el espíritu] es la síntesis consciente que se relaciona consigo misma y cuya tarea consiste en llegar a ser sí misma, cosa que sólo puede verificarse relacionándose uno con Dios” (75). La tarea del hombre es llegar a ser lo que es: ya es espíritu, pero todavía no es espíritu. “Un yo [un espíritu] siempre está en devenir en todos y cada uno de los momentos de su existencia, puesto que en cuanto posible no existe realmente, sino que meramente es algo que tiene que hacerse. Por lo tanto, el yo no es sí mismo mientras no se haga sí mismo, y el no ser sí mismo es cabalmente la desesperación” (75).

La desesperación del que ignora que es espíritu

1. Los hombres en general “están dominados por lo sensible y por lo anímico sensible [relación alma-cuerpo], porque viven solamente en las categorías que están al ras de los sentidos, las categorías de lo agradable y lo desagradable, después de haber dicho adiós al espíritu, a la verdad y a todas estas cosas. En una palabra, reaccionan así porque son demasiado sensibles como para tener el coraje de correr el riesgo y soportar ser espíritus [...] Los hombres suelen formarse una idea muy pequeña acerca de sí mismos, es decir, que no tienen ni idea acerca de que son espíritu, que es lo absoluto que un hombre puede ser” (96-97).

K. ilustra lo dicho con una comparación. “Comparemos lo de ser hombre con una casa compuesta de sótano, entresuelo y primer piso”. ¿Qué pasa en esta casa? “Pues algo muy lamentable y no menos ridículo, a saber, que la mayoría de los hombres en

4. Libro III: Formas de esta enfermedad.

este caso armarían un altercado, en su propia casa, para ver quién tenía la suerte de ir a instalarse en el sótano. Todo hombre es una síntesis de cuerpo y alma, dispuesta naturalmente para ser espíritu. Esta es nuestra estructura. Sin embargo, los hombres prefieren habitar en el sótano, es decir, en las categorías de lo sensible” (97).

2. En esta desesperación inconsciente el hombre ignora que está desesperado. “Importa muy poco que el que está desesperado no sea sabedor de que su estado es propiamente el de la desesperación, puesto que de todos modos es un desesperado” (98). En esta desesperación inconsciente el hombre ignora que es espíritu. “En la ignorancia de que se está desesperado es cuando el hombre está también más lejos de ser consciente en cuanto espíritu” (99). Esta forma de desesperación, añade K., es la más frecuente (100).

En resumen y en forma de tesis: “Será desesperación [...] toda existencia humana que no tenga conciencia de ser espíritu o que no esté personalmente convencida, delante de Dios, de que es espíritu” (101).

*La desesperación del que no quiere ser sí mismo.*⁵

Esta desesperación es propia de quien no se atreve a ser sí mismo, no se atreve a ser espíritu, le atemoriza ser tan grande, esto es, un ser radicado en y destinado a lo eterno. En un texto del *Diario* escribe K.: “El hombre es un animal que puede llegar a ser espíritu. Cosa a la que el hombre, como naturaleza animal que es, le teme más que a la muerte”.⁶

“El hombre es espíritu y no solamente una criatura animal y temporal” (123). Y la desesperación consiste en la pérdida de lo eterno (128). “Esto se debe a que la desesperación es una categoría propia del espíritu y en cuanto tal relativa a lo eterno en el hombre. Ahora bien, el hombre no puede librarse de lo eterno; no, no podrá por toda la eternidad [...] Siempre que el hombre está sin lo eterno es porque lo ha rechazado o lo está rechazando todo lo lejos que puede. Pero lo eterno vuelve a cada instante. Y esto significa que el desesperado está atrapando a cada instante la desesperación” (53-54).

*La desesperación del que quiere ser sí mismo*⁷

En esta forma de desesperación, el desesperado quiere ser sí mismo sin Dios, o sea, “desligando al yo de toda relación al Poder que lo fundamenta o apartándolo de la idea de que tal Poder exista [...] El yo pretende desesperadamente disponer de sí mismo o ser su propio creador, haciendo de su yo el yo que él quiere ser” (138).

1. Si el yo desesperado es un yo *activo*, se dirá a sí mismo: yo soy lo que me hago. “Y entonces siempre se relacionará consigo mismo de una manera experimental”, es decir, haciendo ensayos, probará a ser esto o lo otro. Pero será inútil. Nunca serán más que ensayos. Porque este yo es un yo derivado (su Principio es Dios). “Ahora bien, ningún yo derivado podrá darse más de lo que es. Siempre será el mismo yo ni más ni menos por mucho que se multiplique. Lo curioso es que con todo este esfuerzo desesperado por querer ser sí mismo lo único que el yo consigue es no llegar a ser en realidad ningún yo” (140). Hay en la desesperación activa una voluntad (imposible) de *ateísmo*.

5. Desesperación de la debilidad la llama K.

6. XI 1 A 352. 1854.

7. Desesperación de la obstinación la llama K.

2. Supongamos ahora que el yo desesperado es un yo *pasivo*, es decir, un yo que padece. "¿Cómo se manifestará entonces la desesperación que consiste en que uno quiera desesperadamente ser sí mismo?" (142).

"El mal [que padece] se le convierte en piedra de escándalo o, mejor dicho, ese mal le ofrece la ocasión de escandalizarse de toda la existencia. Entonces nuestro desesperado quiere tercamente ser sí mismo y obstinándose contra el agujijón no quiere estar sin él" (143).

"Aunque el Dios del cielo y todos los ángeles le viniesen a ofrecer su ayuda para sacarlo del apuro, nuestro hombre no la querría [...]. Lo único que le queda es su propio tormento, devorándole y haciendo que esté furioso contra todo al considerarse la víctima injusta del mundo entero y de toda la existencia" (145).

Hay en esta desesperación pasiva una voluntad de *teísmo*. Es decir, el hombre desesperado necesita afirmar a Dios, para poder rebelarse, para poder acusarle de su propia desgracia.

Esta forma activa de desesperación la llama K. *demoníaca* (147). No hay en ella un afán de autodivinización. "No, nuestro hombre quiere ser sí mismo odiando la existencia y buscando su propia desgracia" (147). Tampoco hay en ella una negación de Dios. "Tampoco quiere simplemente por obstinación soltar su propio yo del Poder que lo fundamenta, sino que haciendo hincapié en la obstinación quiere imponersele, desafiándolo y permaneciendo vinculado a Él en fuerza de malicia" (147).

Es como una *errata* en un libro, que no quiere ser corregida. "Supongamos que un autor cometiera una errata y que ésta llegara a tener conciencia de que era una errata [...] La cosa es que esa errata se declara en rebeldía contra el autor y movida por odio le prohíbe terminantemente que la corrija, diciéndole como en loco desafío: ¡No, no quiero que se me tache, aquí estaré siempre como un testigo de cargo contra ti". (148).

FINAL. LA CONCIENCIA RECONCILIADA

¿Cómo se supera la desesperación de la conciencia? Queda dicho en el primer capítulo del libro: "que al autorelacionarse y querer ser sí mismo, el yo se apoye en el Poder que lo ha creado" (49).

Ahora bien, se nos dice más adelante, esta es precisamente la definición de la fe. "Lo contrario de estar desesperado es tener fe y por eso diremos ahora que aquella fórmula que dimos como descripción del estado en que no hay absolutamente nada de desesperación [la que acabamos de citar] vuelve a tener aquí plena vigencia como fórmula de la fe: relacionándose consigo mismo y queriendo ser sí mismo, el yo se apoya lúcido en el Poder que lo fundamenta" (106-107).

Estas palabras se repetirán en la última página de la obra. "El estado en el cual no se da ninguna desesperación [es este]: cuando en la relación consigo mismo y al querer ser sí mismo, el yo se apoya lúcido en el Poder que lo fundamenta. Fórmula que al mismo tiempo es la definición de la fe" (245).

APÉNDICE. LA ENFERMEDAD MORTAL Y EL CONCEPTO DE LA ANGUSTIA

El tema de *La enfermedad mortal*, como hemos visto, es el espíritu, que el hombre es espíritu. El tema de *El concepto de la angustia* es la libertad, que el hombre es libre. Y las formas de la angustia, como las de la desesperación, son también tres: la angustia de la inocencia (posibilidad de la libertad), la angustia del mal (posibilidad del mal) y la angustia del bien (posibilidad del bien, lo demoníaco).

1. Grandeza del hombre

En el fondo, el tema de *El concepto de la angustia* y de *La enfermedad mortal* es el mismo: la grandeza del hombre. Tanto la angustia como la desesperación son señal de la grandeza del hombre. Sólo el hombre puede angustiarse, porque es libre. Sólo el hombre puede desesperar, porque es espíritu, porque es grande, porque su destino es lo eterno.

La enfermedad mortal. Hemos señalado, en esta obra, los textos que resaltan la grandeza de ser espíritu. Añadiré algunos más, de la segunda parte.⁸

El hombre que no tiene conciencia de su grandeza (de ser espíritu) se escandaliza del cristianismo, porque lo encuentra demasiado grande. “Algunas gentes han venido repitiendo con harta frecuencia que lo que les escandalizaba del cristianismo eran sus muchas oscuridades sombrías, su enorme rigurosidad, etc. Sin embargo, ya va siendo hora de decir abiertamente que en realidad lo que hace que los hombres se escandalicen del cristianismo es su mucha elevación, porque su medida no es una medida humana y, en fin, porque pretende convertir a los hombres en algo tan extraordinario que a éstos no les puede caber en la cabeza” (162).

“La estrechez de corazón característica del hombre natural es incapaz de someterse a lo extraordinario que Dios tenía destinado para él. Así es como se escandaliza” (166).

“La *summa summarum* de toda humana sabiduría es ese “dorado” (mejor sería decir “plateado”) *ne quid nimis*, según el cual demasiado poco o mucho en demasía lo echan a perder todo [...]. Pero el cristianismo ha entablado una lucha enorme para superar ese *ne quid nimis*, adentrándose por el camino del absurdo. Aquí empieza el cristianismo... o el escándalo” (167-168).

El concepto de la angustia.⁹ La grandeza de ser espíritu al hombre le angustia. Pero, a la vez, esta misma experiencia de la angustia señala su grandeza. “El hombre no podría angustiarse si fuese una bestia o un ángel. Pero es una síntesis y por eso puede angustiarse. Es más, tanto más perfecto será el hombre, cuanto mayor sea la profundidad de su angustia” (279). Y al revés, “cuanto menos espíritu, tanto menos angustia” (92). En una palabra, “la angustia es una expresión de la perfección de la naturaleza humana” (140).

Ha escrito certeramente Von Balthasar: “La angustia, en Kierkegaard, es cosa del espíritu finito que se asusta de su propia infinitud”¹⁰. Por su parte Zubiri, sin referirse a Kierkegaard, afirma con palabras semejantes: “Lo que el hombre no soporta fácilmente, no es precisamente Dios, sino el carácter absoluto en que su yo consiste”¹¹.

Ahora bien, el hombre, como espíritu libre que es, está expuesto a un peligro: que la síntesis no se realice. Por esto el hombre necesita de (la fe en) Dios, que salve su libertad y le posibilite superar la angustia y la desesperación.

Tres rasgos, por tanto, caracterizan la antropología cristiana de Kierkegaard: 1. El hombre es grande, porque es espíritu; 2. El hombre, por ser espíritu, está expuesto a la posibilidad de la nada (la angustia y la desesperación); y 3. El hombre necesita de Dios, porque sólo Dios puede salvarle de la angustia y de la desesperación.

Nietzsche definía al superhombre como el vencedor de Dios y de la nada. Es decir,

8. La Parte II lleva como título: La enfermedad mortal es el pecado.

9. Trad. de J. GAOS, Madrid, 1940.

10. *El cristiano y la angustia* (Madrid, 1960), p. 23.

11. *El hombre y Dios* (Madrid, 1984), p. 163.

el superhombre, el hombre nuevo, sería capaz de soportar la muerte de Dios sin caer en el nihilismo. Kierkegaard define al hombre cristiano como un hombre que vive delante de Dios (grandeza) y de la nada (posibilidad de la angustia y de la desesperación), pero que sale vencedor de la nada por la gracia de Dios, por la fe en Cristo.

2. Lo demoníaco

En *La enfermedad mortal*, lo demoníaco es la desesperación de la obstinación. En *El concepto de la angustia*, lo demoníaco es la angustia del bien.

"La servidumbre del pecado no es todavía lo demoníaco. Tan pronto como está puesto el pecado y el individuo permanece en él son posibles dos formaciones... En la angustia descrita anteriormente está el individuo en pecado y vive en la angustia del mal. Desde un punto de vista superior, esta situación radica en el bien, por esto se angustia el individuo del mal. La otra formación es lo demoníaco y en ella vive el individuo en el mal y se angustia del bien".

En otras palabras, "la servidumbre del pecado es una relación *forzosa* con el mal. Lo demoníaco es una relación *forzosa* con el bien".

Lo demoníaco se manifiesta sobre todo cuando se pone en relación con el bien. "Por esto lo demoníaco sólo resulta claro cuando entra en contacto con el bien, que en este caso se acerca por fuera a su límite. Por esta razón es digno de notarse que en el Nuevo Testamento sólo aparezca lo demoníaco cuando Cristo entra en contacto con él. Y ya sean los demonios legión, ya sea el demonio mudo, el fenómeno es el mismo: la angustia del bien".

Y precisa K.: "El bien significa naturalmente la reintegración (la recuperación) de la libertad, de la redención, de la salvación o como se la quiera llamar"

Hay una aparente semejanza y una real y profunda diferencia entre la angustia en el estado de inocencia y en el estado demoníaco. El inocente y el demoníaco se angustian de la posibilidad de la libertad. Pero la angustia es diferente. Lo explica K. con agudeza y profundidad.

"Lo demoníaco es angustia del bien. En la inocencia no estaba puesta la libertad como libertad; su posibilidad era, en la individualidad, angustia. En lo demoníaco está la relación invertida. La libertad está puesta como no-libertad, pues está perdida la libertad. La posibilidad de la libertad es en este caso de nuevo angustia. La diferencia es una diferencia absoluta, pues la posibilidad de la libertad se presenta en este caso en relación con la esclavitud, que es el directo contrario de la inocencia, pues ésta constituye una *determinación* hacia la libertad".

Lo demoníaco siente como un bien ser esclavo del mal y teme (le angustia) la libertad del bien. Invierte los valores. Ve la esclavitud (del mal) como libertad. Y ve la libertad (del bien) como esclavitud y perdición. "Por esto en el Nuevo Testamento dice un endemoniado a Cristo, cuando éste se acerca a él: *ti emoi kai soi*. E insiste en que Cristo viene a perderle, es decir, aquí hay angustia por el bien. Otro endemoniado ruega a Cristo que siga otro camino. (Cuando la angustia se refiere al mal, el individuo busca refugio en la salvación, cf. § 1)".¹²

DR. JOAN PEGUEROLES, S.I.
Universitat Ramon Llull

12. Otro texto semejante en el mismo capítulo: "Lo demoníaco de este estado muéstrase en que el individuo dice, refiriéndose a la salvación, con aquel demonio del Nuevo Testamento: *ti emoi kai soi*".